

## ¿A qué le teme Daniel Bell?

El lector superficial de *El advenimiento de la sociedad post-industrial* podría imaginar que Daniel Bell nos presentaría, posteriormente, una imagen basada en la tecnología y en el cambio social, semejante a los himnos de la revolución científica y tecnológica escritos y cantados por los sociólogos soviéticos, o por Radovan Richta quien considera todos los aspectos de las sociedades contemporáneas como componentes o efectos de tal revolución. Bell, quien acuñó el término “sociedad post-industrial”, podría muy bien haber descrito los efectos sociales o políticos de nuevas formas de producción o de una cultura post-industrial. Sin embargo, *Las contradicciones culturales del capitalismo* (que es más que una simple colección de ensayos) comienza, desde el título mismo, con un análisis casi dramático que es enteramente opuesto a cualquier clase de “optimismo tecnológico”. Para Bell no sólo toman forma sistemas culturales o políticos,

que corresponderían a una era post-industrial y serían tan modernos como se supone que es esa era, sino que introduce como tema central la oposición creciente entre la producción racionalizada —un sistema político orientado al equilibrio o la justicia social— y una cultura hedonista.

Este tema merece un cuidadoso examen, porque es desarrollado clara y apasionadamente y está basado en un escrutinio informado de la tendencia cultural del siglo XX en los Estados Unidos de Norteamérica y en la Europa occidental. Pero, al mismo tiempo, debemos estar atentos para leer el texto no como otra parte de la historia cultural sino como el trabajo de un moralista. Algunas de las ideas o hechos que Bell introduce en su demostración serán criticados, pero las críticas no alcanzarán el núcleo de la argumentación porque la obra está diseñada para expresar convicciones, ideas, sentimientos, temores y esperanzas.

Como se trata de ideas generales e interpretaciones, *Las contradicciones culturales del capitalismo* deben leerse como un libro ideológico, si estamos dispuestos a no identificar una ideología con una defensa pobre de intereses sociales específicos.

Los liberales y los social-demócratas (de derecha para los radicales y de izquierda para los más conservadores), oponentes del movimiento estudiantil y enemigos de los radicalismos de derecha, analistas de *El fin de las ideologías* son antes que todo ideólogo o, si queremos enfatizar más su independencia personal, doctrinarios. De éstos los más importantes no son los que construyen una ciudad ideal, sino aquellos que dan una forma intelectual a sentimientos e intuiciones profundamente arraigados. Para muchos, después de la revolución soviética, el sentimiento básico era la esperanza; para otros resultó ser el horror por los crímenes de los regímenes totalitarios desde Hitler hasta Stalin. ¿En qué sentimiento está construida la visión del mundo contemporáneo de Bell? En la imagen agonizante de la decadencia o, para ser más precisos, su análisis se produce en un lugar y en un tiempo donde una hegemonía está siendo cuestionada y amenazada.

Es difícil aceptar una lectura histórica del libro de Bell, pues ¿es aceptable la idea de que la cultura, la política y la economía están hoy más separadas entre sí? ¿qué supuesta sociedad integrada hemos perdido? ¿es la racionalización de un tiempo determinado de todos los aspectos de la vida social? Creer todo eso confundiría la historia del mundo con una graciosa evolución integrada de variables y pautas parsonianas.

La burguesía ascendente era racionalista y violenta; la supremacía británica estaba basada en la ciencia y la tecnología, pero también en las guerras coloniales, sin embargo la destrucción de los hermosos y verdes campos no previno a la cultura británica de mantener una creatividad poética lejos del optimismo prometéico. Al contrario, podríamos mantener la idea de que la cultura, la política y la economía contemporáneas son más interdependientes en nuestras sociedades de masas, que en sociedades anteriores, las cuales eran más elitistas y donde una élite cultural podía existir al lado de una élite económica o política, con muy diferentes orientaciones. El totalitarismo es el ejemplo más extremo de esta integración de diferentes facetas de la vida social. En la sociedad norteamericana, Bell mismo citando con frecuencia a escritores franceses contemporáneos cercanos a esta interpretación observa que la vida económica está más y más directamente vinculada con la vida política, que la intervención del Estado en la producción y distribución de comodidades se está incrementando, y que la cultura está más y más politizada. Pero en los Estados Unidos de Norteamérica ya no hay razón para identificar la cultura moderna con el hedonismo, ni para asumir que el hedonismo esté liberado de las preferencias políticas y sociales.

Regresando a lo propuesto en el título de este trabajo, la preocupación de Bell no es la creciente disyunción de los elementos de la vida social, sino el debilitamiento de aquello que los mantenía unidos. La sociedad no es hoy más incoherente de lo que era antes, pero la mano que la mantenía unida no es

lo suficientemente fuerte para seguir manteniendo la diversidad de la vida social. La fuerza de la mano no era la racionalidad económica, o las instituciones políticas, o los eternos temas culturales, era la fuerza de un país.

Bell habla en el momento en que comienza a dudar acerca de lo que ha sido la llamada civilización norteamericana. No para criticarla, no para expresar preferencias por alguna otra —¿cuál otra podría ser ésta?— sino para expresar el sentimiento de que una experiencia excepcional está llegando a su fin: la hegemonía.

Quien hace estos comentarios no es de nacionalidad norteamericana, pero no por ello sus observaciones deben ser mal interpretadas. Cuando Paul Valéry, después de la primera guerra mundial escribió: “Nosotros, las civilizaciones, ahora sabemos que somos mortales”, estaba expresando un punto de vista etnocéntrico. Se llevó tiempo —y dos guerras mundiales— para que las naciones europeas se acostumbraran al final de una hegemonía que había durado tanto tiempo, desde la Batalla de Lepanto hasta la Revolución Rusa. Durante este largo período, ellos construyeron la imagen de la sociedad como una persona viva, como un ser antropomórfico creciente, como Francia en la historia de Michelet o Alemania en los libros de texto escolares. Hace veinte años en la cumbre de la *pax* norteamericana, Parsons expresó en una forma ideológica directa esta imagen de una sociedad a semejanza de Dios, a semejanza del Rey que dividía los territorios y las funciones entre sus hijos.

Las sospechas de Bell acerca de esta ideología son aún limitadas. A pesar de que la hegemonía norteamericana está amenazada, su poder

es impresionante y ningún otro modelo como el ruso o el chino, es atractivo a los ciudadanos norteamericanos; sin embargo es aquí en donde se presenta la duda. Este libro está lleno de nostalgia por la Gran Sociedad derrotada en Vietnam, no obstante la devastación que realizaron. ¿Es posible detener la historia cuando la riqueza acumulada permite una redistribución más amplia, mayor felicidad y placer, para disfrutar una sociedad cada vez más opulenta, equitativa y disfrutable?

Viene ahora lo que más me irrita del texto: habla de la economía, la política y la cultura, pero la sociedad en sí es un escenario vacío, sin actores. Habla de las instituciones, no acerca del poder; de trabajos culturales, no de movimientos; de la producción e inflación, no de corporaciones transnacionales, generales, trabajadores, desempleados, mujeres, negros o ancianos. Tal ausencia no se debe a la indiferencia o la ignorancia, obedece a una estrategia de contenido.

El período que está llegando a su fin —la sociedad opulenta, la hegemonía militar y el patrón oro— fue aquel en el que los actores se ocultaban detrás del sistema y de sus reglas funcionales. Lo más visible fue su fuerza y su expansión como sistema: educación masiva, *massmedia*, crecimiento económico, intervenciones militares. Ningún actor social era realmente visible. La clase trabajadora estaba reducida a una serie de contratos colectivos. El capitalismo norteamericano en sí ya no estaba representado en la antigua buena imagen de Wall Street. Estaba transformándose en más transnacional por un lado, y por otro, más estrechamente ligado con el Estado. La única figura existente en el esce-

nario norteamericano, que era el símbolo y el centro del sistema, era el Presidente. Pero esta última imagen fue ensombrecida en 1974. Desde entonces los norteamericanos han vivido con un inquietante sentimiento de vaciedad, y un fuerte temor al escándalo. El libro de Bell tiene el sabor de esta primera experiencia de la decadencia.

En este caso, Bell es más que un testigo y que un ideólogo: Asume una posición política, porque después de que la imagen de una sociedad a semejanza de Dios se desvanece, es posible redescubrir la diversidad, los conflictos, los debates y la dinámica, o buscar desesperadamente la unidad perdida y proponer una nueva síntesis, un pacto colectivo de amplitud estatal y social; o mejor aún, una religión.

Bell habla de una cultura hedonista que está en contradicción con el crecimiento económico y la racionalización. Pero ¿podemos aislar tal orientación cultural general de las opciones políticas y sociales? De la misma manera, podríamos preguntar ¿fue la *Ética Protestante* establecida tanto para los *entrepreneurs* como para el hombre común? No tomo una posición enteramente opuesta a la de Bell. La moral y la cultura no son solamente ideologías, y el campo cultural no está enteramente dividido entre imágenes conflictivas del hombre. Pero no es difícil reconocer la existencia de orientaciones culturales generales en una sociedad dada e interpretaciones sociales conflictivas determinadas por grupos o clases opuestas.

Aceptamos la idea de que la sociedad post-industrial tiene una capacidad casi infinita para actuar sobre sí misma y, por tanto, tiende a eliminar todas las formas trascen-

dentes; definiendo así la acción social en términos sociales y no más en términos de valores o principios. Pero cuando tratamos de acercarnos a los hechos, ¿acaso no vemos una moral de la diversión o una filosofía del *playboy* que son, estrictamente hablando, ideologías de clase por medio de las cuales la supremacía cultural de los nuevos señores del consumo de masas se está proclamando? Al mismo tiempo, sin embargo, ¿no observamos una clase de "hedonismo" muy diferente, una actitud defensiva, de retiro, o de búsqueda de identidad en un modo hostil? Finalmente, ¿no hay algo como un "hedonismo de protesta" (existió también en la clase trabajadora del siglo XIX) reclamando la necesaria solución de la individualidad o de la comunicación interpersonal desde un mundo alienado o reificado de necesidades? Los temas culturales se están volviendo temas políticos.

Análogamente, como los derechos civiles o laborales en el pasado, los derechos culturales son hoy en día campos de batalla política. En las sociedades industriales tanto los capitalistas como los trabajadores rendían culto al progreso, aún cuando daban imágenes conflictivas de ello. Lo que es nuevo es la importancia política de las opciones culturales. La cultura pasada (al menos en el sentido en que Bell usa el término) estaba vinculada indirectamente con un mundo trascendental, y la clase dominante o la élite en el poder controlaba las comunicaciones entre la sociedad y lo sagrado. Ahora, este vínculo —no entre la cultura y la economía, sino entre la clase dominante y los patrones de control cultural— se está rompiendo y los conflictos invaden el campo cultural.

La masificación educativa, el consumismo y la seguridad social han transformado el campo de la moral en un campo político. Si hablamos acerca de la cultura contemporánea en general, de la oposición entre la economía y la cultura, olvidamos y ocultamos el problema real que es el desenvolvimiento de los conflictos culturales.

La segunda parte del libro está dedicada a los problemas políticos invocando un tipo diferente de crítica. La idea central de Bell es socialdemócrata: la sociedad como un "hogar público". Esta idea puede parecer aceptable para muchos lectores, pero su articulación con el análisis de la sociedad norteamericana, presentado anteriormente, es muy frágil. ¿Cómo evitar esa apreciación si estamos hablando de una potencia mundial? La distancia es muy grande entre la idea de un imperio soberbio, tan amplio como el mundo y la modesta sugerencia de un Estado administrando el "hogar público" mediante compromisos difíciles, inestables y limitados. Cuando la situación económica de un país está en discusión, ¿acaso no es necesario considerar como muy importante el impacto de la conquista de los mercados europeos, las actividades productivas de exportación, el flujo de dólares desde América Latina hacia los bancos de Nueva York? Mucha gente siente que los Estados Unidos de Norteamérica se están convirtiendo más en el arrendador y en el policía militar del mundo, que en su líder económico y tecnológico. Cuando hablamos de la crisis de las contradicciones del capitalismo ¿no deberíamos prestar particular atención a estos aspectos de nuestro sistema económico?

Durante el período más reciente,

la transformación clave de la sociedad norteamericana ha sido, probablemente, la nueva e inesperada supremacía del Estado sobre la "sociedad civil", y el espíritu democrático norteamericano se siente amenazado por esa "estatización" de la sociedad. La crisis de Watergate se convirtió en un gran esfuerzo dirigido a las élites tradicionales para detener el creciente poder del Estado, y la campaña de 1976 estuvo dominada por una cantidad defensiva del hombre común contra Washington.

La social-democracia está en descanso en Europa; tal vez ha llegado el tiempo para su ascenso en Norteamérica. En Europa, la vieja mezcla del espíritu religioso y la capacidad de conciliación está perdiendo terreno ante un capitalismo más agresivo y un socialismo más vigoroso. ¿Podemos imaginar a la social-democracia recibiendo vitalidad en un país que ha estado tan lejos de su doctrina de reforma? Yo pienso, por el contrario, que debido a su modernidad y a su poder los Estados Unidos de Norteamérica serán más un lugar de innovación y conflicto, de protesta y conquista, que de compromiso e integración.

Insisto, a pesar de mi nacionalidad distinta a la norteamericana, he encontrado en la democracia arraigada de los Estados Unidos de Norteamérica, por un lado, innovación cultural y libertad política y, por el otro, dominación de clase y expansión imperialista. Probablemente en el futuro será un modesto administrador de sus conflictos internos, mientras Japón y Alemania se ocupen de las principales responsabilidades capitalistas del mundo. Este punto de vista me parece muy poco probable. Por el contrario siento que

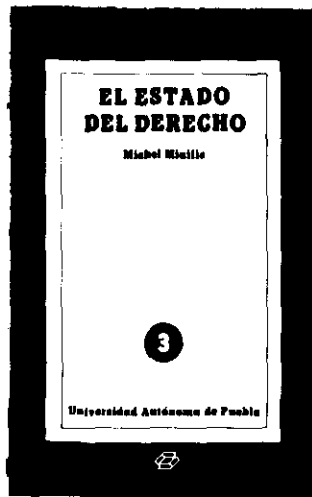
los Estados Unidos de Norteamérica porque son el centro de un imperio del tamaño del mundo y la vanguardia de la modernidad, es el lugar donde está tomando forma una nueva cultura, donde se están gestando nuevos conflictos sociales, y donde

nuevos debates políticos harán visible el acceso de los países industrialmente avanzados hacia una sociedad post-industrial.

Por Alain Touraine

\* Docente e investigador de Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, París. Notas tomadas de *Journal of Sociology*. Vol. 83, No. 2, pp. 469-473.

Tomado de *American Journal of Sociology*, Vol. 83, No. 2, pp. 469-473. Traducción de Alejandro Fonseca y de Moises Esparragoza, de la UAP



Suscribase a:

*dialéctica*

*Revista de la Escuela de Filosofía y Letras de la UAP*

Informes:

Calle 3 oriente No. 403, Puebla, Pue.  
c. p. 72000 — Teléfono 42 40 97